

23: El Reencuentro - La Carrera Perfecta

Cuando Vulcan mencionó que tenía un segundo puesto en su cabina, Ryan pensó que tendría su propio asiento para bebé en la parte trasera. Pero, para su sorpresa, la Genius sentía más afición por los diseños de motocicletas que por los autos.

“La gente va a hablar,” dijo Ryan, sujetando a Vulcan por la cintura con el pecho apoyado en su espalda mientras el mech aceleraba. La mujer loca había diseñado su cabina como una motocicleta, con pantallas e interfaces informáticas en la parte delantera. El asiento de banco permitía alojar a dos personas, pero Ryan tenía que inclinarse sobre la piloto por falta de espacio.

Si los observadores externos pudieran verla, seguramente encontrarían sospechosas sus posiciones actuales.

“Que lo hagan,” replicó Vulcan. Debido a la presión oceánica, el mech había entrado en una especie de modo alternativo para proteger sus partes más frágiles, contrayendo sus articulaciones, blindando las cámaras y utilizando únicamente sonares y sensores térmicos para navegar. Desde afuera, el blindaje debía parecer un bulto de metal voluminoso. “Me da igual.”

“Aunque, debo decir, es una elección de diseño interesante,” comentó Ryan, escuchando el tenue zumbido de la reacción de fusión que alimentaba el traje. “¿Fue una preferencia personal o—?”

“Los soldados de élite de Dynamis están entrenados para apuntar al centro de gravedad,” interrumpió Vulcan. Ryan había notado que le gustaba demasiado presumir de su conocimiento cada vez que la ocasión surgía. “Como la mayoría de las cabinas armadas están situadas allí, eso significa que los enemigos suelen disparar directamente a tus puntos vulnerables en combate. Solía compensar eso con blindajes más gruesos, pero eso es bastante limitado si luchas contra alguien que puede hacer press de banca con tanques.”

“Ah, ya entiendo,” se dio cuenta Ryan, sintiendo cómo el mech recortaba la velocidad. “Con tu diseño actual, la cabina está ubicada entre los hombros, lejos del área donde disparan la mayoría de los soldados. Esto aumenta las posibilidades de una salida de emergencia exitosa, pero también tienes que reducir el espacio en la cabina para no hacer que la estructura sea inmanejable.”

“Utilizo una interfaz neural para controlar la mayor parte de los sistemas,” respondió ella, apartando brevemente una mano de su cabello; Ryan notó un implante craneal negro escondido bajo su recogido. “Esto elimina la necesidad de sistemas en la cabina, excepto los de emergencia.”

Oh, eso explicaba cómo podía comandar su traje desde la distancia. Ryan se preguntó sobre su alcance. "Supongo que es un intercambio justo a cambio de esa proximidad física tan incómoda y cercana."

"Si usas tus manos para sentirme, te castraré," advirtió ella. "Ya puedo sentir tu polla en mi espalda. Vaya, cuando dijiste que eras fácil, no mentías."

"No querrás que suba la dificultad a modo difícil ahora mismo."

Vulcan se rió con doble sentido. Ryan no podía creerlo, pero la violenta Genius era bastante encantadora cuando nadie la amenazaba para mantener su frágil ego. "Eres una descarada," dijo ella. "Y pensaba que amabas a esa chica."

"La amé una vez, sí," admitió Ryan. "Pero fue hace mucho, mucho tiempo."

Su devoción por Lena nunca había flaqueado a lo largo de los años, pero Ryan ya no la deseaba románticamente; en el pasado había tenido relaciones sentimentales, todas borradas por el tiempo. En este momento, el mensajero podía conformarse con una amistad, incluso con un conocido que pudiera reconocerlo. Alguien con quien mantener una conexión que sobreviviera a sus interminables viajes a través del tiempo, por muy frágil que fuera.

Todo lo que Ryan quería era a alguien que le ayudara a aliviar su soledad. Nada más, nada menos.

El mensajero suspiró profundamente. Desplazarse kilómetros bajo el océano le sumía en una profunda tristeza. "¿Ya llegamos?"

"¿Vas a preguntar esto cada minuto?"

"Sí, hasta que lleguemos."

"Si vuelves a preguntar, puedes despedirte de otro Lugar-A," respondió ella.

¿Estás intentando seducirme?

El Genio le hizo caso omiso, la meca temblaba. Ryan supuso que debían haber aterrizado en algún lugar. "¿Ya somos," empezó, mientras Vulcan lo miraba con firmeza por encima del hombro, "amigos?"

"Debes tener una voluntad de acero," dijo el Genio, mientras el techo de la cabina se desplazaba. "Y, de hecho... ya estamos aquí."

Por fin.

Una escotilla se abrió sobre el mensajero, acompañada de una mini-escalera. Ryan pudo ver una lámpara roja afuera del traje metálico, enmarcada en un techo oxidado, pero poco más.

"Me quedaré aquí, trabajando en otras cosas," dijo Vulcan mientras Ryan empezaba a salir de la cabina. "Como ustedes necesitan un poco de tiempo a solas. Solo no tarden mucho, o partiré sin ustedes."

"¿Dejarías una inversión tan valiosa atrapada a kilómetros bajo el mar?" reflexionó Ryan, asintiendo al mismo tiempo hacia el Genio. "Gracias."

"Hiciste tu trabajo, yo hice el mío. No soy un soplón, Ryan."

"Bueno, realmente valoro a una mujer que cumple su palabra." Ryan se sintió un poco triste, pues tal vez en el futuro podría evitar estas tareas de búsqueda, dependiendo de cómo resultaran las cosas ahora. Tendría que encontrar una manera de equilibrar la balanza.

El mensajero salió del meca, quedándose de pie sobre el traje.

La habitación parecía una esclusa de aire, aunque lo suficientemente grande para alojar algo tan grande como el traje de Vulcan; paredes de acero rodeaban a Ryan, lo suficientemente resistentes para soportar la presión del océano externo. La máquina de Vulcan descansaba con sus botas en un charco de agua, enormes puertas cerradas en la parte trasera y una puerta más pequeña, de tamaño humano, en la parte frontal. Un farol emitía una tenue luz carmesí, y Ryan no detectó ninguna cámara.

"¿Corta?" preguntó, antes de saltar del meca y caer en el charco. Al no recibir respuesta, se acercó a la puerta menor. En cuanto estuvo cerca, escuchó un sonido proveniente del otro lado. La puerta se abrió sola, impulsada por un mecanismo automático.

Con cautela, Ryan salió de la esclusa submarina y entró en un apartamento.

Parecía un apartamento, aunque decorado con sencillez. Tenía unos cincuenta metros cuadrados, incluyendo una sala principal de descanso, una pequeña cocina y puertas que llevaban a lo que Ryan asumió sería una habitación y un baño. Las paredes estaban pintadas en azul y rojo, sus colores favoritos.

Todo el lugar olía a su presencia.

"¿Dónde estará ese cangrejo jamaicano para cantar una canción cuando lo necesitas?" silbó para sí mismo, encontrando el lugar demasiado silencioso para su gusto. Sin embargo, no vio ningún estéreo cercano.

El mensajero se acercó a la cocina, notando una nevera. Cuando la abrió, encontró una variedad de deliciosos platos directamente del mar: cangrejos, peces, algas... un tubo parecía transportar la comida desde otra parte del complejo. Luego probó el fregadero; funcionaba perfectamente, pero claramente no había sido usado en mucho tiempo.

"¿Shortie, dónde estás?" Luego, Ryan se dirigió a la sala principal, que consistía en un sofá y una mesa de plástico. En lugar de televisión, el sofá principal daba a un gran escotillón de refuerzo que permitía a quienes estaban dentro ver el exterior; específicamente, una sima oceánica tan oscura

como la noche más negra. Peces extraños observaban desde el otro lado del vidrio reforzado, quizás curiosos o atraídos por la calidez de esa casa tan peculiar.

El mensajero reparó en un montón de libros sobre la mesa, entre ellos Veinte mil leguas de viaje submarino —el mismo que Len encontró en Venecia all’á años atrás— junto a la recopilación de El Capital de Karl Marx y Los Elementos de la Filosofía del Derecho de Hegel.

Algunas cosas permanecían inalterables.

No obstante, para su consternación, el mensajero también detectó una gran cantidad de medicamentos junto a esa mini biblioteca. Ryan los analizó rápidamente, identificando los productos como antidepresivos y ansiolíticos de fabricación Dynamis. Y además, potentes.

Ryan no conocía los detalles del auto-medicamento de Len, pero estaba claro que no era un tratamiento saludable.

Al caminar frente a la escotilla y asomarse, notó otras fuentes de luz en la oscuridad. Al mirarlas con mayor atención, descubrió que provenían de otras escotillas en estructuras en forma de esfera, un nido en el fondo del abismo. Un intrincado conjunto de pasillos conectaba dichas estructuras, formando una vasta comunidad.

¿Fue Len quien construyó eso? Seguramente no en seis meses, incluso con la ayuda y fondos de Vulcan. Debió dedicar al menos un año a levantar esa infraestructura, desplazándose a Nueva Roma cuando necesitaba tecnología específica que no podía fabricar por sí misma. Si cada hábitat era un departamento autosuficiente, había suficiente espacio para albergar a cientos de personas.

¡Qué tonta Len! Ella estaba construyendo su propia Khrushchyovka submarina.

Pero, aún así, este lugar parecía carecer de alma.

No tenía un toque personal, ni calidez. Todos los espacios eran utilitarios, diseñados solo para cubrir las necesidades básicas humanas sin ningún toque estético. Además de los libros, Ryan no percibió ninguna fuente de entretenimiento ni siquiera una fotografía. Este lugar era un sepulcro colorido bajo el mar, nada más.

Escuchó abrirse otra puerta detrás de él, quizás la del dormitorio.

Al principio, ella no hizo ruido, pero Ryan percibió que sus ojos lo observaban desde su espalda. No se atrevió a decir nada, por lo que él rompió el silencio.

“Hola, Enanito,” dijo el mensajero, mirando por encima del hombro. “Ha pasado demasiado tiempo.”

Era ella.

Era... era tan familiar, y a la vez tan diferente. Pero era ella, indiscutiblemente ella. Vestía un traje de buceo color marrón, aunque no la armadura imponente del último ciclo, acompañada de un tipo

de rifle de agua.

Desde que se vieron hace cuatro años, Len había tenido un estirón, aunque seguía siendo lo suficientemente pequeña para que Ryan pudiera burlarse de ella. Su ternura adolescente había florecido en una verdadera belleza, aunque una belleza atenuada por el cansancio y el palidez de su piel. Claramente, no salía lo suficiente.

Ambos necesitaban unas vacaciones.

“Riri,” sonrió Len, pero aquella sonrisa llevaba más tristeza que alegría. Su voz era música para los oídos de Ryan, pero sonaba débil y ansiosa.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que escuchó ese apodo que Ryan casi lo había olvidado. Despertó viejos sentimientos que había enterrado en décadas de bucles temporales: felicidad, y tristeza también; ella lucía tan desmejorada, con ojos ennegrecidos por el cansancio y los antidepresivos, que Ryan se sintió culpable por no haberla encontrado antes. Era su deber hacerla feliz, y claramente, ella no lo era.

Ryan se giró por completo para abrazar a su amiga más antigua, pero ella dio un paso atrás al verlo moverse de su lugar. Ryan quedó paralizado, confundido, mientras el sofá se interponía como una barrera infranqueable.

“No... No te acerques,” suplicó Len, con una mano sobre su rifle de agua. No lo apuntaba, pero tampoco lo dejó a un lado. “Por favor.”

“Chiquito, ¿qué te pasa?” preguntó Ryan. Aquello no era la bienvenida que había esperado, mucho menos la respuesta que anticipaba. “Soy yo. Te he estado buscando por todas partes.”

“Lo sé,” respondió ella. “Lo sé.”

Ryan se tensó al escuchar esas palabras. “¿Desde cuándo?”

Su mejor amiga apartó la mirada, antes de confesar al fin: “Dos años.”

Ryan quedó inmóvil, como si su realidad se desmoronara a su alrededor.

Siempre se había negado a aceptar esa idea, incluso si... incluso si en el fondo sabía que era la única explicación lógica. Ryan había causado olas por toda Italia; consideraba que si Len todavía vivía, ella habría contactado con él. Si no lo hizo, pensaba que eso significaba que estaba muerta, capturada, o en una situación terrible.

Nunca quiso aceptar la posibilidad más probable.

Es decir, que ella lo evitara a conciencia.

“¿Por qué?” preguntó Ryan, sintiendo como si le hubieran atravesado en el vientre. “¿Por qué? ¿Por qué me evitaste?”

No respondió de inmediato, no con su voz; pero su cuerpo sí que habló por ella. Sus manos temblorosas, su inquietud en presencia de Ryan...

“¿Tú... tú me tienes miedo?” no podía creerlo.

“No,” dijo ella. “Es solo... tu presencia.”

“¿Tienes trastorno de estrés postraumático?” Ryan reconoció los síntomas, mirando el montón de medicamentos. De repente, todo empezó a tener sentido. “Te hago recordar los días malos. Te recordé Bloodstream. Soy... soy una herida abierta.”

“Riri, tu poder,” Len negó con la cabeza, “te ha afectado la mente. Lo veo. No estás... no estás estable. Tu comportamiento, es... no es el de una persona cuerda.”

“Len, no estoy loca,” protestó Ryan. “Solo entiendo la broma.”

“No entiendes nada,” la acusó ella al acusar al mensajero. “Nunca lo hiciste.”

“Yo—”

“Lo mataste.”

Las palabras resonaron en toda la colonia submarina, sumiendo el lugar en un silencio incómodo.

“Le llevaste al Carnaval hasta nosotros,” lo acusó Len. “No apretaste el gatillo, pero fuiste tú quien trajo la pistola.”

“Lo hice,” admitió Ryan. Tuvo toda una eternidad para meditar su decisión. “Y era necesario. Mi único arrepentimiento es que nos separó durante años.”

Más silencio. Len nunca fue buena articulando sus sentimientos, pero todos esos años solo habían agravado sus habilidades sociales. Se preguntaba si tenía alguien con quien hablar.

“Len,” dijo el mensajero, “tu padre nunca mejoraría, y algún día, te habría matado. Casi lo hizo. Pasé años estudiando la naturaleza de los Genomas, intentando encontrar una solución a su condición psíquica; ver si podía arreglarlo. Pero no hay cura. O al menos, ninguna que pudiera diseñar con los recursos disponibles.”

Incluso Ryan, con todo su poder sobre el tiempo y la causalidad, no se atrevió a tomar dos elixires; porque los poderes operaban a un nivel mucho mayor que la simple manipulación genética. Otro elixir podría causar que su poder original mutara, tal vez creando otro punto de salvación o dejándolo mentalmente loco de manera definitiva. Si Ryan alguna vez llegara a convertirse en un Psíquico como Bloodstream... con su punto de guardado, nadie podría detenerlo. Sería una pesadilla interminable, para él y para innumerables otros.

“Lo sé,” admitió Len. “Lo sé. Pero él seguía siendo mi padre. Eso no era una decisión que tú pudieras tomar.”

Ryan colocó las manos tras la espalda, observándola por un momento. Luego, se quitó el sombrero y la máscara, para que ella pudiera ver su rostro real. La tristeza profunda que ocultaba tras la sonrisa.

“Lo siento,” dijo Ryan, con sinceridad. “Lamento haberte hirido.”

Len miró a sus ojos, luego apartó la mirada, incapaz de sostener su gesto.

La visión dolía mucho más que las cuchillas de Lluvia Ácida.

Fue testigo del fin de su misión principal, y no fue un final feliz.

—¿Por qué hiciste este lugar? —preguntó Ryan, mirando el hábitat. Quizás había pasado por alto algún detalle, alguna pista que pudiera salvar su amistad.

—Para mí —respondió ella—. Y luego para otros.

—¿Los huérfanos de arriba? —adivinó Ryan—. Ese es el propósito de este sitio.

—Sí —dijo ella, observando las luces lejanas a través del foco.— Quiero traerlos aquí cuando esté listo. Darlos un lugar donde puedan pertenecer, volver a comenzar, rectificar.

—Len, no puedes retirarte del mundo, aunque sea duro y absurdo —indicó Ryan—. Si lo haces, también perderás una parte de ti mismo. Mira, estás... estás miserable, Len. No eres feliz viviendo así.

—Riri, no hay nada arriba para ellos ni para mí —sostuvo Len—. Solo violencia, Psicópatas y bastardos poderosos arremetiendo contra los indefensos. Pensé que las bombas habían borrado todo rastro, pero más de una década después... es más de lo mismo.

—Si así te sientes, entonces hagámoslo mejor —propuso Ryan—. Puedo ayudarte. Tengo todo el tiempo del universo para arreglarlo. Puedo hacer que todo esté bien.

—Ya estoy... ya estoy arreglándolo —afirmó ella—. Estoy creando un lugar nuevo, mejor. Un sitio donde todos sean iguales.

—No, estás escapando de tus problemas, igual que yo —argumentó Ryan—. Los medicamentos amortiguan el dolor, pero no lo borran. Por más que repitas el mismo proceso, el desenlace no cambiará. Nada de esto te ayudará. Está hundido. Estás hundiéndote, literalmente, Len.

Extendió una mano.

—Déjame ayudarte —le pidió, le rogó—. Antes querías explorar el mundo. Podemos hacerlo. Viajar juntos y mirar más allá del horizonte. Todavía hay tanto por hacer, tanto que aprender. He visto cosas que ni imaginas. Puedo mostrártelas. Podemos empezar de nuevo.

Len miró sus dedos y, durante largos y penosos segundos, tentada estuvo de tomar su mano. Ojalá lo hiciera... así terminaría su soledad definitiva.

Pero no la tomó, se quedó atrapada por sus propios temores.

Con el corazón hecho pedazos al verlo, Ryan se dio cuenta de que no serviría. Ella estaba demasiado herida, demasiado lastimada, para arriesgarse. Su amistad era una vieja herida que temía que volviera a infectarse y la hundiera aún más en el mar.

Él...

Solo empeoraba las cosas.

—El mundo es absurdo —afirmó Ryan—. Pero no está sin esperanza.

Ella lo miró confundida.

—He enfrentado la misma situación en más de diez mil iteraciones y he tomado decisiones distintas cada vez —explicó—. Si fuera todo sin remedio, nada habría cambiado. Un solo hombre no puede hacer la diferencia, ¿verdad? Eso es fatalismo. Bueno, los fatalistas son niños cobardes. Cada decisión que tomé condujo a un resultado diferente. A veces cambió poco; otras veces, lo cambió todo. A veces maté a personas, y otras las salvé.

—¿Dónde... no entiendo, a qué te refieres?

—Que al final, mis decisiones hicieron la diferencia —dijo Ryan—. Aunque fuera solo yo quien lo vio. No importa si el cambio es grande o pequeño. El cambio existe. Sí, a menudo suceden cosas malas sin razón... y a veces, cosas buenas también. Aunque no está garantizado, la justicia puede alcanzarse. Nadie tiene control sobre nada, pero eso no significa que tus acciones no tengan impacto. Así que, por favor, Len, nunca digas que no hay esperanza. Si el viaje en el tiempo me ha enseñado algo, es que todo puede cambiar y el final perfecto siempre está al alcance.

“¿Tiempo... viaje en el tiempo?”

En lugar de abrumarla con sus propios problemas, Ryan volvió a colocarse la máscara y el sombrero de viaje rápido, y se dirigió hacia la puerta de la escotilla. Ella no intentó detenerlo, aunque pareció vacilar.

“Por muy difícil que se ponga, Len, no voy a abandonar la esperanza de encontrar la felicidad,” dijo, echando una mirada a su vieja amiga. “Espero que tú tampoco lo hagas.”

Ryan se alejó, sus pasos silenciosos resonando en las profundidades del mar.

Revision #1

Created 25 March 2026 22:37:58 by Robert White Mar

Updated 25 March 2026 22:38:02 by Robert White Mar